

EDITORIAL

Naturalismo

Así como no puede haber injerto si no hay patrón sobre el cual se suelde, tampoco hay «sobrenaturaleza» sino respecto de una «naturaleza». Esta da el soporte; aquélla da la elevación a un término superior.

Hay, pues, entre lo natural y lo sobrenatural una cierta contraposición y al mismo tiempo una cierta simbiosis.

Si no hubiese contraposición de ambos términos, o no habría lo sobrenatural —y por lo tanto la naturaleza no sería elevada—, o no habría soporte natural que elevar —y entonces tampoco sería posible una elevación.

Pero si no hubiese simbiosis de ambos elementos en un mismo viviente, sólo habría dos seres distintos, separados, no dos en uno, el natural y el sobrenatural, que se integran para la consecución de un resultado final.

Precisamente este último aspecto, que hemos llamado simbiosis o conjunción vital de ambos factores, el natural y el sobrenatural, si aumenta de grado, haciendo que sea progresivamente mayor la compenetración de ambos, hace correr, sin embargo, un riesgo; que en vez de compenetración, haya absorción, destrucción de uno; y entonces en realidad también se destruye la conjunción de ambos.

* * *

En la Historia de la Iglesia comprobamos que hay a través de los siglos como un avance ininterrumpido para que lo sobrenatural penetre cada vez más, se injerte más hondamente en la naturaleza. Pero este proceso puede a veces incidentalmente ir acompañado de otro que en realidad sería su retroceso o su destrucción: no verdadera compenetración de ambos en una acción coordinada hacia un término común, sino simplificación por supresión de uno: el sobrenatural.

Por ejemp'lo, la historia de las Ordenes religiosas. La historia de la vida religiosa empieza desde los estadios anteriores a las

Ordenes, para pasar a través de las Ordenes monásticas y seguir evolucionando hasta las formas de hoy; ofrece con ello un caso típico del intento de ir difundiendo lo sobrenatural en la masa natural de la sociedad.

Al principio el asceta para poder «sobrenaturalizarse» siente que ha de alejarse del mundo, de lo «natural»: va como solitario a un yermo, toma formas de penitencia enteramente alejadas de lo corriente; pero con ello no sólo se aleja él de la sociedad; también es la sociedad la que queda alejada de él. Pasa el tiempo y el solitario de siglos anteriores se acerca algo más: ya vive en comunidad, recibe huéspedes con amor fraterno, los peregrinos. Todavía otros siglos y ya discurre por las calles de los pueblos como mendicante y anunciador de la palabra divina como juglar de Dios. En nuestro siglo ha llegado ya tan lejos este proceso de hacer penetrar lo sobrenatural en toda la masa de la sociedad natural, que las últimas formas de vida de perfección aprobadas por la Iglesia, los Institutos seculares, ya reducen al minimum indispensable los elementos de alejamiento.

He aquí un buen ejemplo de simbiosis o sobrenaturalización.

* * *

No obstante, hay también un remedo, una falsificación. Esta falsificación sería: con pretexto o apariencia de operar la simbiosis de ambos factores a fin de sobrenaturalizar lo natural, en realidad naturalizar lo sobrenatural. Entonces no habría simbiosis, sino anulación, supresión de uno.

Nadie dudará de los intentos patentes en la Historia, para suprimir el factor sobrenatural y encerrarse en la finitud pagana del «ne quid nimis». Es un proceso que periódicamente se va repitiendo, y por triste que sea, uno se explica por qué sucede: es la reacción espontánea del enfermo a quien han de curar la llaga de una mano, que tiende a retirarla cuando el médico empuña el bisturí: no quiere que le toquen, duele.

Precisamente en ESPIRITU examinamos hace poco un caso típico de esta lucha contra lo sobrenatural, citando a Rousseau, como exponente del período del Iluminismo, y examinábamos su repercusión en uno de sus efectos típicos, la pérdida del «sentido de la obediencia».

Ahora no pretendemos recordar los movimientos históricos que abiertamente declaran su intención de eliminar el factor sobrenatural. Lo que nos resulta sumamente útil e interesante ahora es notar otra clase de naturalismo, aquella que viene por lo que apuntábamos pocas líneas antes: confundir el movimiento hacia una simbiosis más íntima de lo sobrenatural, injertándolo más hondamente en la naturaleza (podríamos llamar a este proceso con la palabra «difusión de lo sobrenatural») con otro

movimiento que en realidad le es opuesto: «anulación de lo sobrenatural», bajo pretexto de que lo sobrenatural no debe estar alejado, separado de la naturaleza.

Este naturalismo ya no es el del enemigo declarado; es el gran peligro real dentro del ámbito de quienes declaran estar movidos por las mejores intenciones.

* * *

Que este naturalismo existe, se ve por los efectos. Una de sus más tristes consecuencias es la crisis de vocaciones, tanto sacerdotales, como religiosas.

Hablan contra el celibato del sacerdote. Pero no ven que quitar el celibato del sacerdote no sería hacer que su vida de intimidad con Dios penetrara en el pueblo, sino que el pueblo perdiese el ejemplo y la eficacia de su sacrificio.

Hablan contra la virginidad de las religiosas, para enaltecer el matrimonio. Pero esto no es sobrenaturalizar lo natural, sino naturalizar lo sobrenatural.

Enaltecen el valor de la propia libertad, pero dejando en el olvido el valor de la libre entrega de la propia voluntad por Dios, pues esto y no otra cosa es la obediencia del religioso. Para un mundo que ha perdido el «sentido de la obediencia» por no comprender el valor de la entrega del propio querer para hacer lo que ordene quien manda en nombre de Dios, tampoco tiene sentido el valor más alto de la vida religiosa: ha naturalizado lo sobrenatural. En este ambiente, ¿cómo pueden brotar vocaciones?

Hablan de que el sacerdote empuñe el pico y la pala; que sea «sacerdote obrero»: cuando dicen esto no les importa que deje el rezo del breviario, ni la misa, ni la predicación, ni el estudio: pico y pala para dar «testimonio» ante el obrero. Sobre vino la crisis y la Santa Sede intervino. ¿Por qué intervino atajándolo? Quizás si se publicasen las estadísticas de los sacerdotes que se «naturalizaron» del todo y las estadísticas de los poquísimos obreros que se «sobrenaturalizaron», hallaríamos el porqué de esta voz de alarma. No sé si ésta fue la causa: sólo la sugiero como posible. Pero si fue realmente así, hallaríamos en ello una nueva faceta del mismo fenómeno: integración, sí, pero por supresión de un extremo, precisamente el ennoblecedor.

Lo más curioso del caso es que a vuelta de hoja de esta historia, nos encontramos con otro clamor simultáneo: «el sacerdote no ha de ser profesor de física, de química, de geología, de matemáticas... ¡porque ha de ejercitar *solamente* su ministerio sacerdotal con las almas!»

¿Cómo? Conque hace unos meses decíais que no había inconveniente en que tomase el pico y la pala, dejando su estudio, su

breviario, su oración, su misa, su predicación, con tal de que fuese «testigo», ¿y ahora ponéis el grito en el cielo, aun siendo también «testigo» en el ambiente cultural, en la enseñanza de los colegios, y atacáis la actividad apostólica, extremadamente fructífera de los colegios católicos, por el pretexto de que la actividad del sacerdote ha de ser solamente religiosa, a pesar de que tal actividad docente no pide que deje su breviario, ni su misa, ni su oración, ni su estudio, ni una clase «propia» de predicación? De todos modos si el sacerdote se alejase de la enseñanza, entonces sí que quedaría «laicizada»; pero de nuevo con el mismo resultado de siempre: igualación, no porque lo sobrenatural penetre en lo natural, sino por eliminar lo sobrenatural, con pretexto de hacer la igualación.

Hace muy poco se publicó en una revista barcelonesa un artículo en que se presentaba así la «ejemplaridad» del apostolado: que el apóstol se ponga enteramente a ras del suelo, al mismo nivel que aquel a quien ha de acercarse. A propósito de otra cuestión (que tiene no poca semejanza con esta) ya contestó Pío XII: «se unirían, sí, todas las cosas, mas sólo en la común ruina».

Nos parece que las mentalidades que hemos denunciado están equivocadas. Si uno ha caído al suelo, hay una posición que no puedo tomar para levantarlo: quedar rígido, de pie. Así, es verdad, no levantaré al caído. Pero también hay otra posición equivocada: echarme al suelo con él. Entonces no será uno, sino dos los que estaremos caídos. Ni de pie, ni echado: inclinado, para darle la mano, pero procurando guardar bien el equilibrio para no caer con él, pues si esto sucediese en realidad no habría *adaptación*, sino *empobrecimiento* de un elemento necesario, o hasta habría su supresión.

Ahora bien, uno se pregunta: en la aguda crisis actual de vocaciones ¿acaso no podría haber en su fondo algo de este naturalismo?

* * *

Tomo una gacetilla publicada en uno de los diarios de Barcelona el día 27 de diciembre de 1963. En su página 23 nos daba este diario el texto que voy a transcribir literalmente:

«París, 26. — La falta de vocaciones sacerdotales en un país de tan sólida tradición católica como Francia, alarma no sólo a la jerarquía eclesiástica sino a los fieles. En efecto, las cifras de ordenación de sacerdotes han descendido de un modo regular e inquietante. De mil veintiocho sacerdotes ordenados en 1951, la cifra de 1963 no arroja más que quinientos treinta, mientras que en 1960 fueron de quinientos noventa y cinco.

Frente a este fenómeno, la población acusa un aumento pro-

gresivo, de tal forma que la proporción fieles-sacerdotes resulta preocupante; más de cuarenta y cinco millones de franceses para un total de cuarenta y un mil setecientos cuatro sacerdotes en las noventa y una diócesis del país. Las diócesis donde se acusa más la falta de sacerdotes son las de París, Versalles y Marsella, con un sacerdote por cada 3.056 habitantes, 2.685 y 2.358 respectivamente».

«Mientras tanto, en los seminarios se procede a la formación de sacerdotes capaces de responder a los tiempos actuales. El seminarista sale ahora todas las semanas para mantener contacto con el mundo exterior, asiste a la proyección de películas, sigue ciclos de conferencias científicas y alterna los estudios de patristica con los de guitarra, y los teológicos con el judo. No obstante, la falta de vocaciones es cada vez mayor y esto, para un país de indudable solera católica, resulta, más que paradójico, alarmante. EFE.»

Hasta aquí el texto hecho público. En otra estadística semejante se afirmaba que el número de religiosas, desde 1959 a 1964 había disminuido en 5.000.

Parece que el grito que está ahí escondido es éste: «hay adaptación y *no obstante* la falta de vocaciones es cada vez mayor».

Pero ocurre la duda: ¿no habríamos de decir: «hay una adaptación equivocada y *por consiguiente* la falta de vocaciones es cada vez mayor? Aquél «no obstante» podría quizá cambiarse en «por consiguiente». ¿Os habéis adaptado un 50 por ciento y habéis perdido la mitad de vocaciones? Pues adaptaos el 50 por ciento restante y quizá las perderéis todas. Esta es la duda que ocurre al pensamiento.

El Cura de Ars no sabía «judo», ni tuvo «estudios de guitarra», ni asistió a «proyección de cine», ni salía cada semana para estar bien en «contacto» con el mundo: pero en él vivía el Espíritu de Dios; y entonces sin pretenderlo, ni pensarlo, rezumaba por todos sus poros el factor sobrenatural: y las multitudes se sentían irresistiblemente atraídas a él.

* * *

¿Qué diremos, pues, a esto? ¿será mala «toda» adaptación?

De ningún modo. Sería enteramente equivocado y contra nuestra intención.

Es preciso que estemos constantemente tomando el pulso a nuestro mundo de hoy; contrastando su situación con nuestro proceder y atentos a toda posible adaptación. Para poner sólo un ejemplo, ¿quién duda que es muy conveniente que haya sacerdotes especialistas en cine, en radio, en televisión? Si alguien dudase, bastaría que leyese el Decreto sobre Comunicación social, emanado del Concilio Vaticano II, para que tuviera que desaparecerle toda sombra de duda.

¿Qué es, pues, lo que venimos diciendo?

Pues lo que ya quedó indicado al principio: que hay una adaptación «verdadera» y una adaptación «falsa».

La «verdadera» produce acercamiento de lo sobrenatural a lo natural, meramente para que lo primero *informe* lo segundo; la «falsa» los acerca a costa de empobrecer o suprimir lo primero, y así ya son iguales, sí, pero quedando lo primero suprimido o merchado, y lo segundo sin esperanza de remedio posible.

Un ejemplo típico es lo que pasa con la doctrina, tanto filosófica, como teológica. Fue Pío XII quien denunció que con pretexto de «paz», «eirene», caen en un «pacifismo» o «irenismo». No es lo mismo. No es preciso que nos extendamos ahora con ejemplos; sería muy fácil aducir muchos. También Juan XXIII varias veces habló sobre la necesidad de no claudicar nunca en la verdad, aunque hemos de acercarnos con caridad, con verdadera comprensión de la situación ajena para no atribuirle lo que no tiene, con sacrificio propio de muchos modos particularistas de ver y de proceder que fácilmente canonizamos como universales y definitivos, sin que lo sean. Sin embargo lo que se ha hecho en realidad en algunos sitios, no ha sido este «acercamiento», sino «supresión» de gran parte del contenido secular del pensamiento filosófico católico.

De modo semejante, si examinamos el tono de ciertas revistas de hoy, escritas por intelectuales católicos (cuyo nombre no quiero citar), que sistemáticamente callan todo lo que no cuadra con lo que ellos llaman «comprensión», «adaptación», «libertad», «mundo moderno», etc. tiene uno la impresión de que en realidad bajo todo ello hay algo muy distinto: bajo cierta como psicosis colectiva de adaptación, hay un naturalismo destructor.

¿Quién puede entonces sorprenderse de los efectos desoladores que comprobamos? No bastan las clases de judo, ni las de guitarra, ni las proyecciones de cine, ni siquiera las Organizaciones «pro vocaciones» cuyo resultado (por bueno que sea) será siempre parcial y momentáneo, y fructificará sólo donde haya ambiente preparado.

La mejor Organización que podríamos hacer sería empezar por organizar nuestra cabeza. Asimilar profundamente la verdad de nuestra doctrina de siglos, no solamente teológica, sino también filosófica. Estar íntimamente convencidos de que poseemos «la» verdad... (¿quién se atreve en estos ambientes «adaptados» a hablar de «la» verdad sin provocar una sonrisa de burla?). Poseer profundamente nuestra tradición cristiana. Amar la Iglesia católica, que es «la única» verdadera Iglesia de Jesucristo, «sentir con la Iglesia». Nunca permitir que algo de ello llegue finalmente a caer en olvido porque no lo digamos nunca, so pretexto de una pretendida adaptación. Nunca ceder ante el mito, ante la moda, ante «lo nuevo por lo nuevo» sino después de examinar cuidado-

samente si lo que en ello hay es adaptar o ceder: hay cosas inmensamente más altas y nobles que son nuestro tesoro. No discutiré si para la formación del seminarista pueden ser útiles las clases de judo: pero ciertamente antes que ellas colocaré la frase de un conocido religioso jesuita hablando a sus jóvenes: «los grandes caracteres sólo se forman en el silencio y en el sufrimiento». Podría alargarse esta frase así «la llamada a la vocación sacerdotal y religiosa sólo se oye como llamada a la intimidad con Dios».

Partiendo de ahí, entonces sí, examinar cuidadosamente en qué medida puede perfeccionarse la «presentación», para que por una parte vehicule *el mismo contenido*, pero por otra, *quitando asperezas innecesarias*, no de contenido, sino de continente.

Pero esta actitud no sería la de naturalizar lo sobrenatural, sino de sobrenaturalizar lo natural; y sus resultados también serían muy distintos.